

# San José, Patrono de la Iglesia universal (1870 - 8 de diciembre - 2020)

Una aproximación a la exhortación apostólica *Redemptoris custos*.

*Hna. Adriana Beatriz Mallol, M.D.*

*Doctora en Letras y profesora de Doctrina Sagrada, Instituto "Mater Dei", San Luis, Argentina.*

## Introducción

**E**l 8 de diciembre 2020 la Iglesia celebró 150 años de la proclamación de San José como *Patrono de la Iglesia universal*, declaración oficial del Beato Pío IX el 8 de diciembre de 1870. Este aniversario es una bella ocasión para acercarnos al Esposo de la Virgen María puesto que él es inseparable de Jesús y de su Madre santísima<sup>1</sup>.

Por otra parte, el 15 de agosto de 2019 hemos festejado el 30º aniversario de la publicación de la exhortación apostólica de San Juan Pablo II *Redemptoris custos* que nos presenta la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia.

En el umbral de este gran jubileo, querríamos recibir con fe y gratitud la enseñanza de los pontífices de los siglos XIX y XX sobre la centralidad de la devoción de San José en la vida de la Iglesia.

En el presente trabajo nos proponemos poner de relieve la importancia del patronazgo de San José apoyándonos en la exhortación apostólica de San Juan Pablo II.

En primer lugar, ubicaremos dicha exhortación en el contexto de los documentos magisteriales anteriores. Posteriormente, haremos un resumen de la estructura y de la doctrina de la *Redemptoris custos* poniendo el acento

---

<sup>1</sup> Cuando el presente trabajo estaba en su última fase de elaboración, el Papa Francisco publicó, el 8 de diciembre de 2020, la Carta apostólica *Patris Corde* con motivo del 150º aniversario de la declaración de San José como patrono de la Iglesia universal, lo cual muestra ulteriormente la importancia de este acontecimiento para el mundo católico.

en el rol de San José en cuanto *Guardián* de los tesoros más grandes: Jesús y María. Por último, destacaremos la actualidad de su mensaje.

## 1. El contexto histórico. Documentos anteriores

Es necesario señalar la devoción secular de la Iglesia a San José, puesta de relieve, sobre todo, por los últimos Pontífices. Podríamos afirmar, entonces, que la exhortación de San Juan Pablo II es el fruto maduro de la enseñanza de los otros Papas, es *el agua viva de la tradición* que se derrama hasta nuestros días.

Comenzaremos nuestro recorrido histórico por el decreto del Beato Pio IX *Quemadmodum Deus*, del 8 de diciembre de 1870, por el cual proclama a San José «Patrono de la Iglesia universal». En ese decreto, el Papa señala los fundamentos teológicos del honor debido a San José: *su matrimonio con la Virgen María* y su título de *padre nutricio de Jesús*. Estas razones serán tenidas en cuenta en los documentos posteriores.

El año siguiente, 1871, en la Carta apostólica *Inclytum Patriarcham*, el Papa pone de relieve la solemnidad con la que será necesario festejar litúrgicamente San José el 19 de marzo.

Por su parte, el 15 de agosto de 1889, el Papa León XIII publica su importante encíclica *Quamquam pluries*, reconocida como la *Carta magna de las grandezas de San José*. Aunque se trate de una carta mariana, es la ocasión, para el Pontífice, de acentuar los privilegios del Patriarca. Desarrolla teológicamente la condición de San José como *Esposo de la Virgen María* y *padre putativo de Jesús*. Destaca también que San José era *el Guardián fiel de la Sagrada Familia*. De dichos razonamientos el Pontífice concluye:

Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado *especial patrono de la Iglesia*, y por las que, a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es *el esposo de María* y *padre putativo de Jesús*. De estas fuentes ha manado su dignidad, su santidad, su gloria. [...] Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, *lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo* (*Quamquam pluries*, 3).

El Papa León termina su encíclica presentando a San José como *modelo para todas las diferentes clases sociales*<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Cf. *Quamquam pluries*, 4.

Por otro lado, bajo el pontificado de San Pío X, la Congregación para el culto divino aprobó las *Letanías de San José*.

El 25 de julio de 1920, Benedicto XV escribe el motu proprio *Bonum sane* a propósito de los festejos del cincuentenario de la proclamación de San José, esposo de la Bienaventurada Virgen María, como Patrono de la Iglesia Católica. El Papa recuerda la importancia de la intercesión de San José; lo presenta como modelo y patrono que debe ser imitado y honrado, sobre todo por los esposos, los obreros y las familias. Es de destacar que al final de dicho documento el Romano Pontífice recuerda a San José como *Patrono de los moribundos*:

Nos, pues, totalmente confiados en el patrocinio de aquel a cuya vigilancia y previsión quiso Dios encomendar a su Unigénito encarnado y a la Virgen y Madre de Dios, propiciamos que todos los Obispos del orbe católico exhorten a todos los fieles a implorar el auxilio de San José, tanto más insistentemente cuanto es más adverso el tiempo a la causa cristiana [...].

Incumbe a Nuestros Venerables Hermanos apoyar y fomentar con todo el peso de su autoridad e interés las asociaciones piadosas, como la de la Buena Muerte, la del Tránsito de San José y la de los Agonizantes, las cuales fueron fundadas para *implorar a San José por los agonizantes*, porque con razón se considera a aquel como *eficacísimo protector de los moribundos a cuya muerte asistieron el mismo Jesús y María (Bonum sane, 9)*.

Anteriormente, los Papas León XIII y Pío XI<sup>3</sup> habían presentado ya a San José como *modelo de los trabajadores*. Pero será Pío XII quien le consagrará el día 1º de mayo para festejarlo como *artesano*. De esta manera, esa fecha elegida por el comunismo ateo para exaltar el trabajo será iluminada a partir de entonces por la figura del santo Patriarca y los obreros tendrán en él un modelo de trabajador cristiano.

Por otra parte, lo mismo que su predecesor, Pío XII ha dedicado *numerosos radiomensajes* a los jóvenes recién casados a fin de sostenerlos en su vida de esposos y de padres de familia.

San José gozó también de un lugar particular en la preparación del Concilio Vaticano II. En efecto, en 1961 San Juan XXIII confió expresamente el Concilio a San José. Lo eligió como protector del Concilio ecuménico en su Carta apostólica del 19 de marzo titulada en italiano *Le voci (Las voces)*. San Juan XXIII recuerda en dicho texto “las voces” y los documentos de sus predecesores —desde Pío IX hasta Pío XII— sobre San José. Anuncia también que el altar de San José de la basílica de San Pedro será revestido de especial esplendor y solemnidad.

<sup>3</sup> Encíclica *Divini Redemptoris*, 81 (1937).

Por otro lado, en la Bula pontifical *Humanae salutis* del 25 de diciembre de 1961, en la que el Papa Juan XXIII convoca oficialmente el Concilio, se lee:

Así, pues, confiando en la ayuda del Redentor divino, principio y fin de todas las cosas; de su augusta Madre, la Santísima Virgen María, y de *San José*, a quien desde el comienzo confiamos tan gran acontecimiento, nos parece llegado el momento de convocar el Concilio ecuménico Vaticano II (n. 17).

Se advierte que las disposiciones de San Juan XXIII son también *teológicas*, ubicando a San José en relación con la Virgen María, quien recibirá en el Concilio el título de Madre de la Iglesia. De esa manera, *la Virgen María –Madre de la Iglesia–* y *San José –Protector del Concilio y de la Iglesia–* son ambos relativos a Jesús.

Además, en octubre 1962, antes de la apertura del Concilio Vaticano II, San Juan XXIII *ofreció su anillo papal a San José*. Lo envió al santuario polaco de Kalisz donde se venera un cuadro de San José considerado “milagroso”.

Más tarde, el 13 de noviembre de 1962, la Sagrada Congregación de Ritos, en virtud de la voluntad del Romano Pontífice, decidió que *el nombre de San José sea introducido en el canon de la misa*.

## 2. Intención de San Juan Pablo II en la *Redemptoris custos*

Continuando nuestro recorrido histórico llegamos a San Juan Pablo II y su exhortación *Redemptoris custos (RC)* del 15 de agosto de 1989.

Como en toda exhortación apostólica, el fin del Pontífice es más “pastoral” que “doctrinal”. El Santo Padre quiere aprovechar la ocasión del centenario de la publicación de la encíclica de su predecesor León XIII para recordarnos la importancia de introducirnos nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de San José, en el misterio de la Redención. Afirma:

En el centenario de la publicación de la Carta Encíclica *Quamquam pluries* del Papa León XIII, y siguiendo la huella de la secular veneración a san José, deseo presentar a la consideración de vosotros, queridos hermanos y hermanas, algunas reflexiones sobre aquél al cual Dios «confió la custodia de sus tesoros más preciosos». Con profunda alegría cumplo este deber pastoral, para que en todos crezca la devoción al Patrono de la Iglesia universal y el amor al Redentor, al que él sirvió ejemplarmente.

De este modo, todo el pueblo cristiano no solo recurrirá con mayor fervor a san José e invocará confiado su patrocinio, sino que tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de «participar» en la economía de la salvación (*RC*, 1).

La intención del Papa es clara: por una parte, desea que la devoción a San José, Patrono de la Iglesia universal, crezca en todos los cristianos; por otra parte, quiere que el amor a Jesús, nuestro Redentor, se afiance en nuestros corazones.

### 3. Lugar de la *Redemptoris Custos* entre los documentos de San Juan Pablo II

En primer lugar, es importante ubicar la exhortación entre los documentos anteriores de Juan Pablo II. Podemos afirmar que esta exhortación forma parte de *una trilogía* en torno al *Redentor*. En efecto, Juan Pablo II ha escrito dos trilogías:

La primera, sobre la *Santísima Trinidad: Redemptor Hominis* (1979) sobre el Hijo, *Dives in misericordia* (1980) sobre el Padre, y *Dominum et vivificantem* (1986) sobre el Espíritu Santo.

Comenzó sus encíclicas refiriéndose al Hijo porque *Cristo*, el Verbo encarnado, es el *centro de nuestra fe*. El Papa explica esta centralidad de Cristo en la vida cristiana en su primera exhortación apostólica *Catechesi tradendae* del 16 de octubre de 1979:

Hay que subrayar, en primer lugar, que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente *una Persona*, la de Jesús de Nazaret [...]

El objeto esencial y primordial de la catequesis es, empleando una expresión muy familiar a San Pablo y a la teología contemporánea, «el Misterio de Cristo». Catequizar es, en cierto modo, llevar a uno a escrutar ese Misterio en toda su dimensión [...] En este sentido, *el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no solo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo*: solo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad (n. 5)

Efectivamente, la vida cristiana es seguir a Cristo, dejarse transformar por Él, entrar en contacto con Él por la fe, la esperanza y la caridad.

La segunda trilogía de San Juan Pablo II es en torno a la persona del Redentor: *Redemptor hominis* (1979), *Redemptoris Mater* (1987), y *Redemptoris custos* (1989).

Si el Hijo de Dios se hizo carne para salvarnos, es necesario entonces una Madre y un Esposo que estén al servicio del Misterio de la redención. Por lo tanto, la palabra clave de esta segunda trilogía es, justamente, *Redentor*.

Esta doble Trinidad (Trinidad del cielo y de la tierra) nos hace pensar en el *Cuadro milagroso de Kalisz*, Polonia. El santuario ha sido visitado por el

Papa San Juan Pablo II el 4 de junio de 1997. Dicho cuadro es un óleo de 2,46 m por 1,74 m. Presenta a Jesús como un niño llevado por la mano de San José y de la santísima Virgen. La Madre de Dios sostiene en su mano derecha un cetro pues es la Reina del cielo y la Reina de los ángeles. Por su parte, San José lleva en su mano izquierda una flor de lis porque es el Guardián de las vírgenes.

La Trinidad de la tierra –Jesús, María y José– está puesta en relación con la Trinidad del cielo –Padre, Hijo y Espíritu Santo–. El Niño Jesús es el lazo de unión entre estas dos Trinidades: sobre el Hijo de Dios se encuentra el Espíritu Santo representado bajo forma de paloma y, por encima de todo, el Padre bajo el aspecto de un anciano venerable. Dios Padre está representado con una tiara sobre la cabeza, símbolo de soberanía absoluta, un globo terráqueo en su mano izquierda, y la mano derecha elevada en un gesto de bendición.

El centro, por lo tanto, del retablo es *el Verbo hecho carne*. Podríamos afirmar que, de la misma manera, la encíclica *Redemptor hominis* (RH) es el centro y la fuente de toda la enseñanza de San Juan Pablo II. Explica con fuerza en el documento:

*El Redentor del hombre, Jesucristo*, es el centro del cosmos y de la historia. A Él se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea (RH, 1).

Es precisamente aquí, carísimos Hermanos, Hijos e Hijas, donde se impone una respuesta fundamental y esencial, es decir, la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia *Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo*. A Él nosotros queremos mirar, porque solo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna» (RH, 7).

#### 4. La exhortación apostólica *Redemptoris custos*

Luego de haber ubicado la exhortación entre los documentos de San Juan Pablo II nos acercaremos a su estructura y a su mensaje.

### INTRODUCCION

#### I. EL CONTEXTO EVANGÉLICO

##### El matrimonio con María

## II. EL DEPOSITARIO DEL MISTERIO DE DIOS

El servicio de la paternidad

El censo

El nacimiento en Belén

La circuncisión

La imposición del nombre

La presentación de Jesús en el Templo.

## III. EL HOMBRE JUSTO – EL ESPOSO

## IV. EL TRABAJO EXPRESION DEL AMOR

## V. LA PRIMACIA DE LA VIDA INTERIOR

## VI. PATRONO DE LA IGLESIA DE NUESTRO TIEMPO

La exhortación comienza de la siguiente manera:

Llamado a ser el Custodio del Redentor, «José [...] hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1,24).

Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, inspirándose en el Evangelio, han subrayado que *san José*, al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también *custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo* [...]

Considero, en efecto, que el volver a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino permitirá a la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación.

Precisamente José de Nazaret «participó» en este misterio como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. El participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre «nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (Ef 1,5) (RC, 1).

Se advierte, con claridad, cómo el Papa Juan Pablo II señala, con toda la Tradición, que *el designio redentor tiene su fundamento en el Misterio de la Encarnación* y que San José ha sido elegido por el Padre para proteger a la Virgen María y al Niño. El es, por lo tanto, el *guardián* de dicho misterio

insondable, como lo afirma Bossuet en su famoso sermón *Depositum custodi* (Guardad el depósito) (cf. 1Tim 6,20)<sup>4</sup>:

Yo encuentro en los Evangelios tres depósitos confiados al justo José por la Providencia divina. El primero de todos los depósitos es *la santa virginidad de María* que él tuvo que conservar íntegra bajo el velo sagrado del matrimonio [...] El segundo depósito es el más augusto, es *la persona de Jesucristo* que el Padre celeste deposita en sus manos a fin de que él sirva de padre a ese santo Niño que no puede tener padre en la tierra. Pero yo destaco aún un tercer depósito que encontraréis admirable. Para escucharlo es necesario resaltar que “el secreto” es como un depósito [...] José es *el depositario del Padre eterno porque Él le ha dicho su secreto*. ¿Qué secreto? Secreto admirable, es la Encarnación de su Hijo.

Estos son, según Bossuet, los tres depósitos que han sido confiados a la custodia de San José: a) La santa virginidad de María; b) la persona de Jesucristo; c) el Misterio de la Encarnación.

San José ha sido elegido, pues, por el Padre para ser el depositario, junto con la Virgen María, del misterio de la encarnación y de la vida escondida de Jesús.

En su sermón, Bossuet compara la misión de los apóstoles a la de San José y señala las diferencias. Para los apóstoles se trata de comunicar el misterio de Jesucristo, para San José se trata de *esconderlo, de protegerlo*. He aquí sus palabras:

Jesús es revelado a los apóstoles. Jesús es revelado a José pero con condiciones bien contrarias. Él ha sido revelado a los apóstoles para que lo anuncien por todo el universo. Él ha sido revelado a San José para silenciarlo y esconderlo.

Los apóstoles son luces para mostrar a Jesucristo al mundo. José es un velo para cubrirlo y bajo ese velo misterioso, se nos esconde la virginidad de María y la grandeza del Salvador de las almas.

Es decir que se podría afirmar, siguiendo el texto de los Hechos de los Apóstoles (1,21-23)<sup>5</sup>, que los discípulos han sido elegidos para ser, sobre todo, “testigos de la Resurrección de Jesús”. San José, por su parte, ha sido

<sup>4</sup> Sermón predicado el 19 de marzo de 1657 a los *Feuillants* de la Rue Saint-Honoré y el 19 de marzo de 1659 a las Carmelitas de la Rue Saint-Jacques de París.

<sup>5</sup> «Hay, pues, que escoger entre los varones que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo que vivió el Señor Jesús entre nosotros, desde el Bautismo de Juan hasta el día que fue arrebatado hacia el cielo a uno que sea *testigo de su resurrección* juntamente con nosotros».



elegido para ser *el garante y el guardián de la Encarnación del Verbo*. En efecto, él había escuchado de parte del Ángel:

José, Hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque el ser que ha sido engendrado en ella es por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él librá a su pueblo de sus pecados (Mt 1,20-21).

Podríamos poner en boca de san José las mismas palabras del apóstol San Juan en su primera Carta:

Nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo para ser Salvador del mundo (1Jn 4,14). Sí, la Vida se ha manifestado, nosotros la hemos visto y damos testimonio: nosotros os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y que se ha manifestado a nosotros (1Jn 1,2).

Junto con la Virgen María, José es el primer depositario del Misterio de la Redención, debe ser, por lo tanto, su testigo y guardián. Un patronazgo que será realizado en el silencio y la obediencia fiel. El Papa Juan Pablo II aborda este ministerio de San José como *Guardián del Misterio de la Encarnación* en el capítulo II de su exhortación titulado «El depositario del misterio de Dios»<sup>6</sup>.

En dicho capítulo, el Papa explica que *la fe de María* se encuentra con *la fe de José* puesto que, igual que la Virgen, el justo José respondió afirmativamente a la Palabra de Dios por «la obediencia de la fe», recibiendo en su casa a su esposa encinta tal como el Ángel le había ordenado.

San Juan Pablo II comenta:

Él, por tanto, se convirtió en el *depositario singular del misterio* «escondido desde siglos en Dios» (cf. Ef 3,9) [...] *De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario*. Con María, y también en relación con María, *él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo*, y participa desde el primer instante (RC, 5).

Por su parte, Monseñor Dominique Rey, en su libro *Un homme nommé Joseph* transcribe un texto del Beato Marie-Eugène del Niño Jesús, en el que el escritor usa la imagen del *manto*. Él explicita:

<sup>6</sup> Dicho capítulo desarrolla los siguientes temas: El servicio de la paternidad, el censo, el nacimiento en Belén la circuncisión, la imposición del nombre, la presentación de Jesús en el Templo.

El rol de San José es un rol de humildad. Él es *el manto que cubre todo*, porque Dios no quería revelar su misterio al mundo. José cubre de discreción la obra de Dios, el nacimiento del Niño Jesús. Ese manto será mantenido hasta que Jesús sea lo bastante grande como para valerse por sí mismo. Su papel terminado, José desaparece<sup>7</sup>.

Aunque su rol de protector de la Sagrada Familia haya terminado antes del inicio de la vida pública de Jesús, esa misión continúa ininterrumpidamente desde el cielo. Es, justamente, ese ministerio tan delicado e importante de haber sido *el Guardián* del santo Depósito del Padre, de sus Tesoros más preciados, que brilla ahora de manera particular y se irradia sobre toda la Iglesia. En efecto, la vida de San José ha sido un sacrificio, un servicio total al Misterio de la Encarnación, y continúa actualmente su ministerio de protección sobre todo el Cuerpo místico de Cristo.

## 5. La actualidad del patrocinio de San José

En primer lugar, es necesario señalar que la palabra “Patrono” tiene dos significados: 1) apoyo, sostén, guardián, intercesor, 2) modelo a seguir.

Bajo esas dos acepciones los Pontífices quieren dejarnos a San José como *Patrono de la santa Iglesia*:

- a. En cuanto protector eminente, puesto que ha sido el guardián de la virginidad de María y del Niño Jesús.
- b. Pero también como modelo de vida cristiana, modelo en cuanto esposo, padre, trabajador, contemplativo en la acción. En una palabra, modelo de santificación en la vida cotidiana, ordinaria. Efectivamente, el Papa San Juan Pablo II nos recuerda, retomando palabras de San Paulo VI:

San José es el modelo de los humildes, que el cristianismo eleva a grandes destinos; san José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no se necesitan “grandes cosas”, sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas (RC, 24).

Es sorprendente el acento que el Papa pone sobre el aspecto “contemplativo” de San José. Evidentemente, quiere destacarlo como un hombre de interioridad para que el mundo contemporáneo comprenda la importancia de la oración humilde y constante.

<sup>7</sup> D. REY, *Un Homme nommé Joseph. Méditations à Cotignac*, Salvator, Paris 2018, 50.

Al final de la exhortación, en el capítulo VI, San Juan Pablo II resume las razones por las cuales San José es *el Patrono de la Iglesia de nuestro tiempo*. Retoma las principales afirmaciones de los Papas anteriores y pregunta: ¿Cuáles son los motivos de tal confianza? El Pontífice hace una síntesis y responde con el texto de León XIII<sup>8</sup>:

Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial Patrono de la Iglesia, y por las que, a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús [...]. José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia [...]. Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo (RC, 28).

Podemos señalar tres razones principales por las cuales San José es el Patrono de la Iglesia universal:

- Es el Esposo de la Virgen María
- Es el Padre nutricio de Jesús
- Es el Jefe de la Sagrada Familia, es decir, su guardián, administrador y defensor legítimo.

Pero esta protección continúa desde la gloria y San Juan Pablo II explica *la importancia actual* de rezar a San José pidiéndole su protección:

Aún hoy tenemos muchos motivos para orar con las mismas palabras de León XIII: «Aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios [...] Asístenos propicio desde el cielo en esta lucha contra el poder de las tinieblas [...] Y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad». Aún hoy existen suficientes motivos para encomendar a todos los hombres a San José (RC, 31).

Finalmente, el santo Pontífice polaco termina su exhortación apostólica con este anhelo:

Deseo vivamente que el presente recuerdo de la figura de san José renueve también en nosotros la intensidad de la oración que hace un siglo mi Predecesor recomendó dirigirle. Esta plegaria y la misma figura de José adquieren una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo Milenio cristiano (RC, 32).

<sup>8</sup> Cf. LEÓN XIII, *Quamquam pluries*, 3.

## Conclusión

San Juan Pablo II, en su exhortación *Redemptoris custos*, ha recogido la enseñanza magisterial y la devoción eclesial a San José, así como la importancia de su patronazgo sobre la Iglesia universal. Su documento es el eco de la voz de toda la Iglesia, de la santa tradición. Leyendo *Redemptoris custos* bebemos del agua viva, puesto que, según Benedicto XVI, la Tradición es «el río vivo» que corre sin detenerse y que nos presenta el mismo pasado pero de manera más rica, ella es «el gran río que nos conduce a las puertas de la eternidad»<sup>9</sup>.

Hemos visto cómo San José es el *depositario de los Tesoros del Padre*: la virginidad de María, el Niño Jesús y el Misterio de la Encarnación. Podemos afirmar que San José, en cuanto depositario de los misterios de la salvación, continúa siendo, de alguna manera, su administrador. Es por dicho motivo que grandes santos, como la Doctora de la Iglesia Santa Teresa de Ávila, entre otros, tuvieron una confianza ilimitada en su protección e intercesión. En efecto, la santa española escribió en el *Libro de su vida* (6, 6):

No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender que *así como le fue sujeto en la tierra* —que como tenía el nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar—, *así en el cielo hace cuánto le pide*.

Podríamos afirmar, efectivamente, que «Ir a José»<sup>10</sup>, rezarle con fe y perseverancia, confiarse a él, es acercarse al Verbo hecho carne y a su Madre siempre virgen. Es beber del Agua viva, como dice el profeta Isaías 12,3: «Exultad, sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación». Es acercarse al Misterio de la Encarnación, al Misterio de la Redención.

En conclusión, este jubileo es una nueva ocasión para recordar lo que el Magisterio de la Iglesia enseña de manera ininterrumpida: que el santo Patriarca continúa derramando sus bendiciones a todos los que se confían a su intercesión. Él nos conduce siempre a Jesús y a María porque es un servidor, un guía, el Patrono de la Iglesia universal.

<sup>9</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (26 de abril de 2006): «Nosotros podemos decir, entonces, que la Tradición no es una transmisión de cosas o de palabras, una colección de cosas muertas. La Tradición es el río vivo que nos une a los orígenes, el río vivo en el cual los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos conduce a las puertas de la eternidad».

<sup>10</sup> Cf. *Gen* 41,55.